

IV

DON ZOROBABEL RODRIGUEZ



92 (Rodriguez) (0+2) = 6

x v

CONFERENCIA

SOBRE

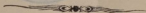
DON ZOROBABEL RODRIGUEZ

LEIDA POR

DON EGIDIO POBLETE E.

EN

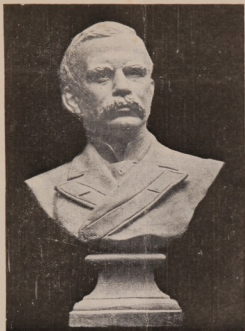
LA UNION CONSERVADORA, SESION DE 27 DE AGOSTO
DE 1903



SANTIAGO DE CHILE

—
IMPRENTA DE ENRIQUE BLANCHARD-CHESSI

—
1903



DON ZOROBABEL RODRIGUEZ



EN LA UNION CONSERVADORA

En la noche del jueves 27 de Agosto se celebró en el amplio salón de la calle de la Victoria, número 14, la segunda sesión solemne de la Unión Conservadora, institución que tiene por objeto estrechar más y más las relaciones entre los elementos del Partido Conservador de Valparaíso, entre los dirigentes y los obreros, y formar así un hogar basado sobre el sentimiento político y religioso común á todos los miembros de la institución.

En un ángulo de la sala, cerca de la mesa presidencial y sobre un elegante pedestal, se veía un busto cubierto, el de don Zorobabel Rodríguez, el distinguido economista y antiguo luchador, en cuyo honor se celebraba la sesión de que damos cuenta.

Poco después de las 8½ P. M. ocupó la presidencia el S. D. Manuel Antonio Calvo.

Entre la concurrencia notamos á los Pbro. Sres. D. J. Roberto Tapia, rector del Seminario, D. M. Onofre Flores, notario eclesiástico, D. Martín Rücker S., profesor del Seminario; á muchos distinguidos caballeros; á gran número de alumnos del curso de leyes de los Sagrados Corazones; á varios jóvenes, y á numerosos obreros.

Abierta la sesión, el presidente ofreció la palabra á D. Egidio Poblete E., segundo redactor de «La Unión», que leyó un estudio sobre las obras de D. Zorobabel Rodríguez. En el momento en que el conferencista nombraba al inolvidable maestro, se descorrió el velo y quedó á la vista de los presentes el busto del Sr. Rodríguez, acto que fué saludado con los más espontáneos y entusiastas aplausos.

Antes de esta conferencia, un cuarteto de violines, violoncelo y piano, formado por los Sres. Germán Nieto, Ricardo González, Rolando Raveau y Rafael Asenjo tocó escogidas piezas; y después de la conferencia don Teodoro Bascuñan cantó con hermosa voz y con arte una delicada romanza. Tanto el cuarteto como la romanza fueron vivamente aplaudidos.

En seguida D. Manuel Calvo, hijo del presidente de la reunión, declamó una poesía, escrita á última hora para reemplazar á un orador ausente; pero, no por improvisada,

menos bella y delicada de lo que pudiera esperarse; varias veces fué interrumpido el Sr. Calvo por las aclamaciones de los presentes.

El cuarteto, para finalizar el acto, tocó una nueva pieza, que mereció nuevos aplausos.



... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...



171
172

DON ZOROBABEL RODRIGUEZ

CONFERENCIA LEIDA POR DON EGIDIO POBLETE E.
EN LA UNIÓN CONSERVADORA, SESIÓN DEL 27
DE AGOSTO DE 1903.

SEÑORES:

En este hogar, que con tan noble aspiración y con tan buenos auspicios se ha formado para cobijar y unir con lazos tan estrechos como los de la familia á todos los que trabajamos por un santo ideal, político y religioso á la vez, se ha querido dar hoy especial solemnidad é importancia á una de sus habituales reuniones, dedicándola á que sea un homenaje, un modesto pero justísimo homenaje, á la memoria de un hombre que el Partido Conservador cuenta entre sus glorias, y que Chile puede mostrar como título al respeto que le deben las demás naciones.

Los directores de la Unión Conservadora han creído, con muchísima razón, que debía alzarse como uno de los más significativos ornamentos de esta sala y, sobre todo, como un ejemplo mostrado á los que aquí se reúnen, el busto de don Zorobabel Rodríguez, ante el cual rendimos este modesto tributo de veneración y de respeto. Y debo decir de paso que, al pronunciar este nombre, difícilmente resisto al deseo de quitarle ese título de Don, útil en el trato ordinario y durante la vida, pero que rechazan ciertos nombres que perte-

necen á la historia, que son como un patrimonio personal y que, en su alta gloria, no suelen avenirse con adornos que representan una medianía.

Se me ha pedido que contribuya á este homenaje, y he aceptado; y aquí vengo, no como orador, sino como discípulo agradecido, que habla en nombre de la veneración que siente por aquel grande hombre, por su esclarecido talento, por sus doctrinas y por los grandes bienes que hizo á su patria con sus enseñanzas y con sus obras. Traigo, pues, solamente una impresión, nó un análisis que no cabría ni en el espacio ni en el tono de esta que deseo sea una conferencia familiar.

Y permitid, señores, que en esta impresión olvide al hombre, olvide las cualidades personales del señor Rodríguez, porque no tuve la felicidad de conocerle personalmente y, sobre todo, porque hay entre vosotros quiénes pueden hablar con más abundancia y autoridad sobre esas cualidades y porque él ha dejado aquí en esta ciudad, un hogar cuyas virtudes os dirán elocuentemente de los altos merecimientos del que lo formó y del que dejó tan preciosa herencia moral.

II

En su vida pública, don Zorobabel Rodríguez tuvo múltiples aspectos: como literato, como periodista, como hombre de partido y como figura sobresaliente entre los que se han dedicado al estudio de la ciencia económica.

La labor puramente literaria del señor Rodríguez fué más que abundante, considerable; porque en ella se manifiesta la profundidad de su espíritu de análisis, que tuvo gran influencia en aquella época en que nacía en Chile el gusto por la amena literatura.

Su obra mas completa y de más aliento en este género de sus trabajos fué *La Cueva del Loco Eustaquio*, primera lozana flor de una juventud briosa, espléndida mañana del que había de ser más tarde un día tan claro y luminoso. En este libro se halla, sin duda, la huella de dos grandes influencias: el gusto de la época y especialmente la edad del autor. No es raro, pues, que la primera, la única novela del señor Rodríguez, escrita á los veinte años, la edad de la vida ardiente en que otros lloran tristezas y desengaños que nunca se han sentido, fuera el fruto de un romanticismo exajerado. Pero en medio de la tempestad de una pasión romántica y en medio de la atmósfera de ese género de ideas y sentimientos, se vé un corazón lleno de nobles virtudes, un espíritu profundamente observador, un talento precoz y una pluma hábil para describir lugares, escenas y caracteres, del mismo modo que á través de la lluvia de un día tormentoso suele descubrirse la belleza de algún magnífico panorama.

Más que el literato brilló el periodista, no porque aquél desmereciera de éste, sino porque en el palenque diario de la lucha por las ideas políticas y religiosas podía el público seguir á los formidables contendores de aquellos tiempos y contemplar los temibles golpes que se daban y repelían con sin igual vigor y con destreza incomparable.

En aquel incesante torneo de largos años, hubo derroche de talento, que toda la sociedad chilena, todos los hombres ilustrados recogían con avidez. Los editoriales del señor Rodríguez fueron una aureóla, no sólo para *El Independiente* que los publicaba y llegaba con ellos á ser el primer diario de Chile, sino para toda la prensa, porque sobre toda ella refluía la gloria de aquel gigante batallador de la pluma.

Sus artículos, cada uno de los cuales era una victoria para el Partido Conservador, eran también una fuente de enseñanza para los mismos adversarios, que caían por un momento abatidos bajo la vencedora espada; pero que al mismo tiempo eran iluminados por las doctrinas y por las lecciones del invencible luchador que combatía enseñando, que enseñaba combatiendo.

Fueron también aquellos tiempos de gobierno más discreto, de administración más cuerda y prudente—salvo un luctuoso período que rompió la tradición de tranquilidad é hidalguía de parte de los que desde lo alto del gobierno combatían contra las doctrinas políticas y religiosas del Partido Conservador y de la sociedad chilena. La cordura de aquellos gobiernos se debió en parte al influjo del primer periodista chileno; porque la labor del escritor público, nutrido de talento honrado y animado de nobles propósitos, no cabe dentro del campo de su partido ó de los habituales lectores de su diario, sino que se derrama como fertilizante inundación y lleva sus beneficios hasta los campos más lejanos.

Y á medida que transcurrían los años, aquel espíritu se serenaba, sin perder un punto de su vigor: sus lecciones fueron talvez entonces más sabias que nunca; pero, raro y curioso fenómeno ¡talvez nunca fueron menos escuchadas! sin duda porque hay ciertas verdades que no entran apaciblemente y necesitan del ariete de las polémicas ardorosas. No habia cambiado el hombre, pero eran otros los tiempos y ya se había operado una gran transformación en el espíritu público. Este segundo período de la labor de periodista del Sr. Rodríguez fué el que transcurrió cuando redactaba *La Unión*, que era ansiosamente solicitada de todos por las enseñanzas de su redactor, aunque todos

los que las buscaban se creyeran dispensados de seguirlas.

Más silenciosa y aparentemente más modesta fué su labo: como diputado: no era orador, no brillaba en la Cámara por la fluidez de su palabra, y la frase castiza, elegante y sobria de sus escritos parecía negarse á salir de los labios con la misma facilidad con que brotaba de la pluma. Pero en las veces en que se resolvía á hablar, si no arrebatava de entusiasmo á sus oyentes, llevaba en cambio la persuasión á todos los ánimos y muchos difíciles y oscuros problemas de aquella época dejaron de serlo merced á la luz que sobre ellos derramaba el ilustrado y profundo pensador.

III

La personalidad del Sr. Rodríguez, ya distinguida en toda su amplitud por sus trabajos de literato, de periodista y de político, trabajos que por sí solos hubieran bastado para colocarle entre los más ilustres hombres de la historia patria, se muestra en toda su altura y en todo su esplendor cuando se estudia su labor de economista.

El mismo Sr. Rodríguez estudiando la obra de Courcelle-Séneuil, decía una vez: «Ocupando honroso puesto en pos de Adam Smith, que, en Inglaterra al par de los Fisiócratas en Francia, echó los fundamentos demostrando que el mundo económico estaba sujeto á leyes naturales, y no era una arcilla siempre dispuesta á recibir la forma que mejor cuadrara á los gobernantes, fundando la propiedad sobre el trabajo y defendiendo la libertad de éste y del comercio como una consecuencia de la naturaleza de la personalidad humana y como una condición necesaria del orden, de la justicia,

de la prosperidad y progreso de las sociedades; junto con Turgot, el valiente ministro que abolió el réjimen gremial y las aduanas interiores, poniendo en práctica la máxima del *dejad hacer* y del *dejad pasar*; junto con Say, el feliz ordenador de los materiales allegados por su predecesores, el sagaz observador del mecanismo de los cambios, que formuló la teoría que lleva su nombre; junto con Malthus, el denigrado como poco leído y mal comprendido descubridor de la ley de la población; junto con Ricardo, el inventor de la tan debatida ley de la renta; junto con Bastiat, el inmortal descubridor de las armonías económicas; junto con Cobden y Bright, los invictos luchadores que, ganando al proteccionismo victoria decisiva y asentando la legislación económica de Inglaterra sobre las bases de justicia y libertad establecidas por Adam Smith, hicieron más por la prosperidad y grandeza de ella que los que pusieron el imperio de la India bajo su dominio, ocupará M. Courcelle-Sénéuil honroso puesto en la historia de la ciencia, á cuyo estudio y enseñanza dedicó su larga y laboriosa vida».

I bien, en esa brillante enumeración y después del ilustre nombre del sabio que fué el primer profesor de Economía Política en la Universidad de Chile, que formó entre nosotros la conciencia pública y formó á los inteligentes en este ramo, se debe colocar el nombre del primero de sus discípulos, al primer economista de este continente, á don Zorobabel Rodríguez.

No inventó ningún sistema nuevo, ni creó una doctrina; talvez no aumentó sino con gotas el rico caudal de la Ciencia. Pero la Economía no es sólo una ciencia sino también un arte, y es éste talvez, el Arte, el que tiene mayor importancia en nuestros tiempos y en nuestros problemas, porque

abundan los hombres poco sinceros que, aunque no ignoran los principios y los preceptos, los olvidan voluntariamente, cegados por el afán político ó por el interés personal, cuando se trata de aplicarlos á las necesidades del Estado ó de la sociedad. I el arte económico debió grandes servicios al Sr. Rodríguez que, recogiendo la herencia de Courcelle-Séneuil, la acrecentó abundantemente y la esparció en sabias lecciones, señalando rumbos al gobierno, á los legisladores, á todos los hombres, ya en el periodismo, ya desde su asiento de la Cámara, ya desde su prestigiosa cátedra de la Universidad. Resolvió árdulos problemas, mostró los verdaderos medios con que se deben atender los intereses nacionales y coronó su obra escribiendo el mejor texto para la enseñanza de tan importante ramo.

En el cargo de Superintendente de las Aduanas de la República, donde su labor parecía oscura y negativa para el vulgo, siguió siendo el más hábil consejero del Gobierno: en sus Memorias anuales y en su trabajo diario han quedado esparcidos documentos y estudios importantísimos, que reunidos formarían el mejor y más completo trabajo sobre la legislación aduanera de Chile, así como en cada caso fueron luz que aclararon difíciles cuestiones, impidieron muchos males y atajaron muchos de los errores administrativos.

Y siempre y en toda ocasión y en toda obra fué el más vigoroso y tenaz defensor de la libertad, y el que, con ésta por divisa, trabajó más efectivamente que nadie por el bienestar de las clases obreras.

IV

¡La libertad! Cuántos espíritus se sienten alarmados ante esta palabra, así como ante las expresiones *¡dejad hacer, dejad pasar!* Se ha creído ver en aquélla la misma fórmula revoltosa que suelen usar algunos políticos cuando tratan de las ideas religiosas; y se ha creído encontrar en esas expresiones la explosión del egoísmo, de la inditerencia, de la apatía, la negación absoluta de la caridad.

Pero no se trata aquí de la libertad que se alza rabiosa contra las doctrinas de la Iglesia, contra el Poder divino; se trata de la libertad con respecto al Estado, de la independencia y de los derechos de los ciudadanos en contra del brazo armado de la autoridad.

No es despotismo solamente el del tirano que encarcela á los individuos, sino que lo es también el del Estado que atropella otros derechos individuales, la libertad del trabajo, la propiedad de éste y de sus frutos. El déspota que, por la fuerza, sin justicia ni razón, arranca á muchos hombres de sus hogares para sumerjirlos en una prisión, es menos digno de censura que el que arrebató á los individuos, aunque sea en parte mínima, el fruto de su trabajo; porque el primero procede por medios violentos que se denuncian á sí mismos, y el segundo obra con engaño y esclaviza con mentidas promesas.

El *dejad hacer, dejad pasar* de los economistas no es tampoco la negación de la caridad; porque ellos no tocan los preceptos del Evangelio, ni ponen un momento en duda las obligaciones de mutua ayuda y respeto entre los iguales, entre superiores é inferiores, entre todos los hombres. Esas expresiones niegan solamente la intervención del Estado,

que rarísima vez se transforma en beneficio sino frecuentemente en daño de la comunidad.

Es más alta, más noble, más transcendental la doctrina económica que tuvo en Chile su egregio representante y campeón en D. Zorobabel Rodríguez. Elevándose de los hechos y de los fenómenos aislados, independizándose de todo círculo y de todo sistema, saliendo aún del campo estrecho de los intereses nacionales, tomaron un punto de vista que aclaraba el amplio panorama de la humanidad entera, estudiaron las relaciones de todos los fenómenos, investigaron las causas y pesaron los efectos y llegaron á descubrir superiores armonías: así como los astros no recorren los espacios al acaso sino sujetos á leyes inmutables; así como la humanidad, en el orden histórico, conservándose la independencia individual dentro del campo de acción de cada hombre, tampoco vaga ciega sino que sigue la inmensa ruta que le señaló la Providencia: así también el mundo económico no rueda al acaso ni es un hervidero desordenado y loco de caprichos, de necesidades y de pasiones, sino que obedece á leyes inmutables, como las que rigen el sistema planetario, como las que regulan el mundo de lo infinitamente pequeño.

I alcanzado este sorprendente, transcendental y consolador descubrimiento, los economistas proclamaron la libertad, que es la armonía, que es el ordenado y grandioso funcionamiento de las leyes naturales, esto es, de las leyes divinas.

Pero el hombre está amasado de soberbias, de caprichos y de violencias. Se ve tentado á hacer sentir su influjo en todo lo que le rodea y á descargar la mano sobre todo lo que conoce pasivo; y con la misma manotada con que se sacude el insecto que le molesta, quisiera doblegar las más altas leyes á su capricho. Si le fuera posible, alteraría el

movimiento de los cuerpos celestes, para proveerse, á su antojo, de noche y día, de luz ó sombra, de calor ó frío; si estuvieran á sus alcances, pondría la mano violenta sobre los fenómenos atmosféricos, para que el buen tiempo ó la lluvia le vinieran á la hora que él les ordenara en cada momento; y quién sabe si en su interior exclama en un arranque de soberbia impía, como Alfonso VI de Castilla, que quisiera rehacer el mundo para formarlo más perfecto.

Mas, todo ello está muy por encima del capricho humano. Sin embargo, no renuncia el hombre, y lleva su perturbador influjo á todo lo que se halla á su alcance: de ahí sus manotadas á las leyes naturales que rijen el mundo económico, de ahí los sistemas artificiales que violentan esas leyes, que destruyen la armonía, ya lo guíe un interés personal ó de grupo, ya lo motive un sentimentalismo bien intencionado, pero no por eso menos funesto.

V

Permitidme aquí, de paso, señores, un recuerdo de la antigüedad heroica. Se cuenta que desde el rapto de Elena, una profetisa troyana, Casandra, pronosticó incesantemente á los teucros las horribles desgracias que habian de llover sobre la patria y día á día aconsejó remedios para evitar ruinas, que veía venir; pero Casandra no fué oída y sólo después del incendio lloraban los troyanos sobre las ruinas de Ylion, recordando tardíamente los cumplidos vaticinios de la profetisa.

La semejanza llama la atención: ¿de qué han servido tantos años de la más inteligente, patriótica é incansable labor del Sr. Rodríguez, en la Cámara, en la cátedra y en la prensa? ¿no han pasado ya para nosotros aquellos tiempos de libertad, de

hace veinticinco años, y no los vemos sustituidos por los sistemas artificiales en todos los órdenes económicos: en el régimen monetario, en la industria, en la agricultura, en el comercio y hasta en la sociedad?

Y apenas han transcurrido unos pocos años desde que imperan los arbitristas en la patria de Rodríguez, y ya se lamentan algunas consecuencias del proteccionismo: las leyes naturales se desquitan. Pero no hay temor de que aprendamos con la experiencia: seguiremos despeñándonos de caída en caída, sumergiéndonos en nuestra inmensa imprevisión, en el lujo de los gastos y en las falacias del proteccionismo, hasta que, como los troyanos, lloremos sobre las ruinas de la patria y recordemos tardíamente los vaticinios de Casandra.

No hace dos años que lamentábamos la pérdida de uno de nuestros últimos grandes hombres; su recuerdo vive, sí, y seguirá viviendo fresco é inmarchito en el corazón de los que le amamos; pero, en realidad, ¡cuán largo espacio de tiempo nos separa ya de él! ¡qué lejos estamos de los días en que él nos hablaba, siempre sereno y prudente, de la libertad y de la armonía! Así como el que baja de una montaña ve á cada instante estrecharse más el horizonte que abarca con la vista y elevarse más alta la montaña á sus espaldas, así estudiando la obra de los gobiernos y de los congresos y los movimientos de la opinión, desde Rodríguez hasta hoy, cada día se encuentra más cerrado y pequeño el horizonte y más se eleva detrás de nosotros aquella gran figura. Ya no se puede hablar de libertad ni de armonías, porque nos hemos cerrado las puertas para luchar apañados en interior estrecho, y meter y encajonar aquellas leyes superiores dentro del mezquino espacio en que ni siquiera caben nuestras pequeñas aspiraciones.

Sé que hablo de cosas ingratas para ciertas corrientes de moda; sé que no son éstas las ideas sentimentales que hoy dominan; hablo de cosas viejas..... Todos parecen renunciar de buena gana á su propia libertad é independencia, y armar de nuevos poderes al Estado, acrecentar sus ya excesivas atribuciones, traerle á ejercer de árbitro y señor en las cuestiones sociales, así como se le aplaude cuando menoscaba el derecho de propiedad, arrebatando á los ciudadanos, especialmente á los obreros, parte del fruto de su trabajo, con el engaño de la protección. Es doloroso reconocer que esas claudicaciones del derecho y de la libertad individuales, aunque á veces guiadas por una buena intención, provienen talvez de un fondo de indiferencia y de cobardía: se da aquella injerencia al Estado por no ejercitar la propia iniciativa; confiamos á la autoridad armada la resolución de problemas que, por falta de voluntad y de caridad, no queremos resolver por nosotros mismos; queremos que el Estado nos tome por fuerza de la ley la contribución que no queremos dar de propio movimiento.

Pero ¿qué mucho, si hasta hemos visto en días recientes, á quiénes de ordinario no son muy fieles hijos de la Iglesia, fundar en la autoridad de León XIII, de santa memoria, la intervención del Estado en estas cuestiones económico — sociales? Es verdad que el Augusto Pontífice hasta en sus últimos días se preocupó de estos problemas y dedicó siempre atención preferente á estas cuestiones; pero también es verdad que nadie defendió mejor que él el derecho de propiedad, y si recordó una vez y otra vez la obligación de todos los hombres de amarse y protegerse mutuamente, ya sean iguales, ya patrones é inferiores, nunca pidió sino una intervención mitigada del Estado en estas relaciones, porque

él sabía mejor que nosotros que, fuera de sus funciones fundamentales, el Estado no es de hecho sino un grupo de hombres y que sus intervenciones rompen frecuentemente las bases de la equidad y la justicia, y son extorsiones que sacrifican el bien general por un bien particular problemático. No se tomen como provocaciones á la acción del Estado los que son llamados á la conciencia individual, pues, de otro modo, si armamos hoy á la autoridad administrativa con las atribuciones contrarias á los derechos de que nosotros mismos nos despojamos, mañana no tendremos razón de quejarnos cuando ese mismo Estado nos oprima con leyes como las de instrucción obligatoria y otras que hieran nuestras creencias de católicos.

VI

Dignísimos de respeto y de amparo son los intereses de las clases obreras: nuestro partido, que se precia de trabajar por los ideales democráticos, está más obligado que cualquiera otro á favorecer esos intereses. Pero sepamos estudiar los medios con que vamos á favorecerlos; no sea que con la más sana intención vayamos á sacrificarlos en vez de protegerlos.

Los intereses morales de los obreros no se mejoran ni se atienden con leyes, con palabras. La religión, el sentimiento religioso, Dios, su Iglesia: ésas son las únicas fuentes de donde mana la tranquilidad moral, que permite sobrellevar los dolores de la vida y da aquí la dicha de la serenidad, que es una anticipación de la vida eterna.

En cuanto á los intereses materiales, basta oír un momento las sabias y profundas enseñanzas de Rodríguez para comprender dónde se hallan los verdaderos medios de atender real y efectivamen-

te esos intereses: nadie ha labrado hasta hoy el bien de los obreros, ni aun con las más ingeniosas combinaciones, como lo han hecho los economistas liberales.

Los arbitrios, las protecciones, son el engaño más cruel, porque deslumbrando á los obreros en realidad los sacrifican en aras de los intereses particulares.

Si se pidiera á cada obrero chileno una contribución de un centavo semanal con el objeto de que, con el producto de esa erogación, pudieran vivir lujosamente unas doscientas personas, no habría obrero que no se negara á tal pedido, y con muchísima razón, porque con ello se quitaría un pan semanal á cada obrero y su familia para dar banquetes á algunos ociosos inútiles.

Pero lo que no se podía conseguir en esa forma, se obtuvo en otra completamente segura: se inventó la palabra *protección*, se hizo obligatoria la contribución por medio de una ley y los obreros entregaron el centavo semanal para sostener una industria, es decir, el negocio de unos pocos afortunados. ¿Acaso es otra cosa cada fórmula protectora que una contribución arrancada por la fuerza á todo el cuerpo social para asegurar el goce de unos pocos? Y en el cuerpo social ¿quiénes resultan mas sacrificados sino los más pobres, los obreros?

No sacrifiquemos los intereses del obrero en lugar de ampararlos, y reconozcamos que no hay para él más seguros factores de bienestar, de amplio y completo goce de su trabajo, que las soluciones de libertad, que nunca menoscaban el derecho de propiedad, que conservan á cada cual los frutos de sus esfuerzos y que mantienen en su vivaz hervor la savia vigorizadora y fecunda de la libre competencia.

Dejemos que los precios de los consumos se fijen

por sus leyes naturales, sin artificios de ningún jénero; dejemos que el obrero coma su pan, que ha amasado con sus manos, y no le arrebatemos tajadas para la mesa de los audaces. Que en cuanto á los obreros inteligentes y honrados sabrán escoger entre la libertad, que les deja el completo goce de su trabajo y del fruto de éste, y los arbitrios que les prometen una protección que ha de ser pagada por esos mismos obreros: la libertad les deja todo lo suyo; la protección les quita una parte de lo suyo con la promesa, rara vez cumplida, de devolverles una fracción mínima de lo que les quita.

Y aquí, al pié de este busto de don Zorobabel Rodríguez, que desde hoy será un ejemplo y un estímulo para los que luchamos por los ideales políticos, sociales y religiosos del Partido Conservador, recordemos las palabras del inmortal autor de las Armonías Económicas, palabras que son la síntesis de la grande obra de Rodríguez:

«No pudiendo obrar Dios en el mundo moral sino por medio de los intereses y de las voluntades, es imposible que la resultante de esos intereses, que la tendencia común de esas voluntades conduzca al mal definitivo; porque, en tal caso, no solamente el hombre ó la humanidad tenderían al error, sino Dios mismo, que, impotente ó malvado, implearía al mal á su creatura».—«Creemos, pues, en la libertad porque creemos en la armonía universal, es decir, en Dios».—«Los intereses son armónicos; luego la solución toda entera está en esta palabra: Libertad».



